CAPITULO XIX.

Vida y fervorosas virtudes del P. Manuel Sandoval, Año 1613.

Desde sus juveniles años parece que disponía y preparaba la divina gracia al P. Manuel de Sandoval para un perfecto religioso de la Compañía; porque siendo de diez y seis años é hijo de nobles Padres, entró en ella, habiendo primero vivido y siendo colegial en el Seminario nuestro de San Ildefonso de México, donde procedía ya en esa edad con tan grande edificación, que se confesaba cada tercer día y comulgaba al octavo, acudiendo con mucho cuidado y ejemplo á sus estudios. Recibido en la Compañía siendo de diez y seis años, en el tiempo de su Noviciado y probación dió también grande ejemplo de virtud á sus connovicios. Acabado su Noviciado y perfeccionádose en sus estudios, lo empleó la santa obediencia en que leyese Gramática algún tiempo, y sucesivamente un curso de Artes, con tanto aprovechamiento de sus discípulos, que en habiéndolos graduado en la Universidad, se le ordenó que leyese otro curso siguiente, aunque había entonces muchos sujetos lucidos que lo podían leer, lo cual hizo, aunque con gran repugnancia suya, no por falta de obediencia, sino porque deseaba ocuparse en el ministerio más humilde de ayudar á las almas de los Indios, como muchas veces lo pidió á los Superiores de rodillas y con lágrimas. Y cuando le señalaron para leer el primer curso, salió al refectorio á decir su falta de repugnancia que había tenido en aceptarlo, porque no se tenía por suficiente, aun para leer la clase de mínimos; tanta era su humildad y tan poca era como ésta la estima que hacía de sus talentos. Pero hubo de sujetarse á la obediencia y leer el segundo curso, con no menos satisfacción y fruto que el primero, cuyos discípulos de uno y otro curso lucían y campeaban en la Universidad y religiones adonde habiendo entrado, leyeron cátedras y muchos se graduaron de Maestros y Doctores, y otros ocuparon grandes puestos en diversas Iglesias y tribunales. Acabado el segundo curso, fué nombrado por Rector del Colegio de Valladolid en Michoacán; el cual oficio ejercitó por tres años con grande cuidado y vigilancia, y celo del bien de sus súbditos y ejemplo de los de fuera. Tenían tan gran concepto de la santidad y letras del P. Sandoval, que acudían á consultarle las cosas más graves que se les ofrecían, satisfaciéndose con sólo su parecer, que nunca daba sin estudiarlo y mirarlo muy de propósito. En particular el ilustrísimo Obispo de Michoacán, D. Fray Baltasar de Covarrubias, le consultaba más frecuentemente los negocios de su Obispado, de suerte que no disponía cosa ninguna tocante á su gobierno, que primero no lo comunicase con el P. Sandoval, á quien también se remitían los exámenes de los que se habían de ordenar, satisfaciéndose con la censura que él daba de cada uno. En casa daba tanto ejemplo en los ejercicios domésticos, como si fuera uno de los oficiales de ella, y fuera daba nuevo resplandor á su virtud, saliendo con las doctrinas, cantando en ellas como niño y confesando todo género de personas.

Habiendo acabado su rectorado, le mandó la santa obediencia que viniese al Seminario de los colegiales de México á hacer oficio de Rector, el cual ejercitó por tres meses y medio con tanto cuidado, que de día y de noche pensaba, cómo promover y adelantar la virtud y letras de aquella juventud, y hacía esto con tal eficacia y deseo del aprovechamiento de aquellos mancebos, que decía muchas veces que había de dar la vida en esta demanda, y así fué. Porque después de los tres meses y medio que aquí estuvo, fué Nuestro Señor servido de premiar sus celosos trabajos y galardonar sus continuas vigilias y lágrimas que á este intento derramaba. Solíanle dar unos dolores de hijada recisimos que le dejaban por muerto, y vez hubo que llegó á estar de ello oleado; y aunque algunas veces le apretaba este achaque, era tal su cuidado en acudir á los ejercicios de la comunidad, que no dejaba por eso de asistir á la primera mesa y á las lecciones que en ella suelen leer los colegiales de Artes y Teología, no permitiendo que por su indisposición se atropellase en estos literarios ejercicios, y con el mismo achaque se levantaba algunas veces de noche á visitar los aposentos de los seminaristas y composición de sus costumbres. Apretóle la última vez con más vehemencia el dolor de hijada, víspera de Santo Tomás de Aquino (de quien era devotísimo), á las dos de la tarde, y aplicándole los remedios posibles, sin quererse acostar llegó á las seis de la tarde y el dolor iba en crecimiento. Repetíansele los remedios, y viendo cuán sin efecto eran, dijo: Que se quería confesar, é hízolo así, como si fuera para ir á decir Misa. Porque vivía tan preparado siempre para la muerte, como si hubiese de morir aquel día; recibió los demás santos Sacramentos de la Eucaristía y Extremaunción, respondió él mismo cuando le ungían, y aunque el dolor era gravísimo, nunca se le oyó al muy paciente Padre muestra de quejido ó impaciencia; sólo juntando las manos, decía: «La voluntad de Dios se cumpla.» Conociendo, pues, que se moría, dijo al Padre que le confesó: «Padre mío, *viam universae carnis ingredior*.» Ya cerca de las cuatro de la mañana acabó con esta vida transitoria, invocando los dulcísimos Nombres de Jesús, María y José, dejando á todos muchas prendas de que Nuestro Señor le llevaba á gozar del premio de sus santas y grandes virtudes, de que dejaba ilustres ejemplos.

Porque comenzando por la caridad que es madre de todas ellas, ésta la ejercitaba este siervo de Dios, siendo notablemente caritativo con los enfermos, acudiendo á todo lo que le pedían con sumo gusto, y hacíalo con más veras, cuando lo que le pedían era por amor de la Virgen Santísima, de quien era devotísimo. Y esta devoción y caridad del P. Sandoval se cebaba y alimentaba con la continua oración que traía, y tal, que en medio de las ocupaciones no la interrumpía, andando siempre en la presencia de Nuestro Señor y añadiendo á las horas de oración del día, algunas otras á la noche. El oficio divino le rezaba de rodillas y tenía hecho un ejercicio cuotidiano, muy afectivo y devoto para antes y después de la Misa. Este mismo espíritu y afecto de oración deseaba en sus súbditos, y así él mismo muchas veces se levantaba á tocar y despertar á la oración de la mañana, habiéndose acostado algunas veces á las doce de la noche. Todos los días decía Misa aunque hubiese de caminar, y eso con mucho sosiego y devoción, teniendo otras muchas que rezaba á los santos sus devotos, que desde novicio las había continuado hasta su muerte. En la obediencia fué

prontísimo, pues nunca se le mandó cosa por dificultosa que fuese, que no la pusiese en ejecución, con grande rendimiento, y en muchos casos que se le ofrecieron, fué dechado de la obediencia que deben tener los Superiores inmediatos á los mediatos y mayores. La pobreza que siempre guardó, fué rara, pues jamás se le conoció relicario ni lámina, ni cosa alguna costosa y de valor; en su vestido tan pobre que él mismo se lo cosía y remendaba; sus calzones estaban tan gastados y rotos, que casi estaban hechos pedazos, mostrando en esto y en otras cosas el grande amor que á esta santa virtud tenía. A esto se llegaba el estar tan desnudo del afecto de carne y sangre de sus parientes (aunque ilustres), de suerte que con estar él y ellos en México, raras veces los visitaba, de que dieron hartas quejas á los Superiores, y en persona iban á pedirles le mandasen que siquiera las Pascuas visitase á su madre. En particular un hermano suyo, religioso y Maestro de la Orden de San Agustín, que murió Obispo de Guatemala, porque si no era que concurriese con él en la Universidad (donde era Rector un cuñado suyo) en algún acto literario, nunca le veía, y procuraba, por excusar estos cumplimientos, salir él primero del acto y volverse á casa. Ni se le conoció en todo el tiempo que estuvo en la Compañía que hiciese visita por visita, ni aun en ocasión que saliese á alguna confesión á ruego de algún pobre, que á esto sí iba de buena gana; su madre en los últimos tercios de su vida, con algunas nietas suyas, se entró religiosa, y aun entonces era necesario, para que la viera, mandarle predicar algún sermón y que antes ó después la visitase y la consolase. Tanto era, finalmente, el despego de carne y sangre, que aun á la hora de la muerte pidió que á sus parientes no se les diese aviso, de lo cual y de no haber sabido su enfermedad se sintió harto un personaje tío suyo, el Dr. Villanueva, Asesor del Virrey de Nueva España, persona de grande autoridad en México, que por su virtud y religión amaba tiernísimamente á su sobrino, y lo mismo otro primo suyo Prebendado de esta santa Iglesia.

En la virtud de la castidad tenía cobrado tal dominio de sus pasiones, con la gracia de Nuestro Señor y con su continua mortificación y penitencia, que aun primeros movimientos (como su confesor lo certificó) no tenía en contra de ella, siendo tan recatado en esta materia, que si alguna vez iba á ver á su hermana, y si le llegaban unas niñas sobrinas suyas y le pedían la mano para besársela, jamás lo consintió ni apenas quería se le llegasen, y ni á ellas ni á otra mujer alguna miraba fijamente al rostro; teniendo hecho este concierto como otro Job con sus ojos. Si cuando iba á ver á su madre hallaba algunas señoras ú otras mujeres de visita, se volvía de la puerta como lo certificaba el Hermano que le acompañaba algunas veces, edificándose harto de este recato. En su comida y bebida era tan parco, que con estar tan enfermo y lisiado de la hijada, no quería beber vino para excusar el achaque, y aun en la bebida del chocolate, con ser nacido y criado donde esa bebida es usable, con todo, lo excusaba cuanto podía yéndose siempre á la clase sin desayunarse, y decía que la abstinencia ayudaba á despertar el entendimiento. Sus ayunos eran muy continuos, en particular los sábados, por la devoción de la Virgen Santísima, á quien en su Santuario de Guadalupe iba á visitar á menudo á pie, distando casi una legua de la ciudad, y se volvía, dicha Misa, á leer en ayunas; diciendo que con eso se hallaba más ágil, haciendo ejer-

cicio. Notáronle, los que le trataron, que nunca le oyeron decir mal ni murmurar de nadie, y si en su presencia alguna cosa se decía que tuviese color de esto, ó se iba ó mudaba plática, y más si era contra superiores, á quienes era sumo el respeto y reverencia con que los miraba.

Fué finalmente el P. Sandoval en todo género de virtudes tan extremado cuanto se podía desear de un fiel hijo de la Compañía. Habiendo, pues, muerto este ejemplarísimo Padre, al mismo tiempo que doblaban en casa por él, sucedió repicar en el Convento de San Agustín por un hermano suyo, el Padre Maestro Fray Juan Zapata, que venía por Obispo de Chiapas, y después promovido á Guatemala, y ambas nuevas, triste y alegre, recibió su madre el mismo día, para templar el sentimiento de la una con la alegría de la otra. Hízosele al P. Sandoval un solemnísimo entierro, acudiendo á él, sin ser llamados, muchos religiosos de todas Religiones, que hacían mucha estima de su persona, y la Capilla de la Catedral, que ofreció la Misa y Vigilia. Fué su muerte muy sentida de todos sus discípulos y de los seminaristas, que le tenían por Rector y Padre que amaban tiernísimamente y lo perdían á los tres meses de su gobierno. Y así, le fueron alumbrando con hachas encendidas hasta la sepultura, con tantas lágrimas de sentimiento que causaba ternura á los presentes; llevando en señal de tristeza y luto las becas caidas por el hombro izquierdo, como usan los colegiales. Así acabó su carrera este religiosísimo Padre, y aunque corta en días pero larga en merecimientos, por los cuales dejó grandes prendas de que iba á gozar de la vista y presencia de Dios eternamente. Murió el P. Manuel Sandoval el año de 1613, de edad de 38 y de Religión 22, siendo profeso de cuatro votos. Está enterrado en nuestro Colegio de México.

CAPITULO XX.

Vida y muy fervientes virtudes del P. Juan Trejo, de la Compañía de Jesús, devotísimo siervo é hijo de la Santísima Virgen.

§ I

De su devota crianza desde niño, antes de ser recibido en la Compañía.

Las muestras y primicias de virtud que desde sus tiernos años se conocieron en el P. Juan de Trejo, fueron indicios de que le escogía Dios Nuestro Señor para sí á este siervo suyo desde niño, y para mostrar más en él su misericordia, usó con él una muy particular en edad tan tierna. Esta fué que estando aún en la cuna, y caminando su madre de un pueblo llamado Tlaltenango (donde el niño nació) á la ciudad de Zacatecas, en tiempo que aún duraban las guerras y correrías de los chichimecas que infestaron algunos años estos caminos,

y en ellos dieron la muerte á muchos Españoles, les asaltaron los bárbaros, é hicieron presa en el inocente niño escapándose la madre, y se lo llevaban para comérselo, como habían hecho con otros, si unos soldados que iban de escolta, con particular providencia de Nuestro Señor, no cobraran ánimo, y siguiendo el alcance, quitaran á los Indios la presa, y así lo trajeron y se lo restituyeron á su madre, que era persona muy noble y aviada, y ella le recibió como si de nuevo le pariera. Crióle con particular cuidado en el temor santo de Nuestro Señor, procurando hacerle muy devoto de la Santísima Virgen, anunciando desde esa edad la extremada devoción que había de tenerle á esta Señora; enseñábale á rezar de rodillas el Rosario, y si alguna vez él como niño se descuidaba, su madre, castigándole por ello, le hacía levantar de la cama y que en su presencia lo rezase. Pegósele tan bien esta devoción, que duró en ella toda la vida, y por este medio alcanzó de Nuestro Señor muy singulares gracias, y no fué la menor haberse conservado en la entereza virginal, muriendo (como se supo) puro y virgen. Trataba de esta virtud con tanto gusto, que hablando de ella algunas veces, en el tiempo que leía Gramática en los Colegios de Guadalajara y Valladolid, procurando aficionar los ánimos tiernos de sus discípulos, lo hacía con tanto afecto, que de ordinario prorrumpía de estas pláticas en lágrimas. Y una vez en particular habló con tal sentimiento, que dando el Señor eficacia á sus palabras, cinco de los presentes se fueron derechos al Convento de San Francisco, donde los recibieron y perseveraron con particular agradecimiento á la merced que el Señor les hizo por medio del P. Trejo, su Maestro, como los mismos religiosos lo confesaban; y no es mucho que siendo religioso el P. Trejo mostrase tanta afición á esta virtud, pues aun siendo niño no consentía se tratase, en su presencia, cosa indecente entre sus condiscípulos, avisando al Maestro cuando algunos se descuidaban en tales pláticas. Y más fué lo que hizo en aquella tierna edad (siendo á la sazón estudiantico secular en la ciudad de los Angeles), porque entendiendo que un sacerdote estaba feamente aficionado á una persona que vivía en su barrio, él sin mirar á su niñez le habló y reprendió, y no contento con esto, cuando le veía venir de noche y á deshoras, estándole aguardando, desde su ventana tirándole piedras, le retrajo de su intento estorbando esta ofensa de Nuestro Señor. Y en esta misma edad, habiendo visto entrar á un hombre que traía espada, en un aposento de otra persona sospechosa, él con ser niño se entró tras de él y le habló con tanta eficacia, que reconociendo el secular mayor espíritu en aquel niño del que pedían sus años y seso, compungido se salió y dejó aquella ocasión, estorbando aquella ofensa de Dios y que se cometiese aquel pecado. Todo esto le nacía de entender no podía hacer mayor servicio á la Virgen Santísima, que guardar él y procurar que otros guardasen su pureza y castidad, y haciendo en aquella su tierna edad servicios como estos á su Señora, y por tener más oportunidad de servirla y venerarla, pidió ser sacristán de la Congregación de nuestros estudios, y él mismo barría la capilla, hablando en el ínterin con la imagen de la Virgen Santísima, diciéndole afectuosas ternuras. Y deseando aumentar obras en servicio de esa Señora, juntando algunos retazos de paño por las casas de los sastres y trayendo aguja y seda, hizo él mismo por sus manos una alfombra pobre, pero vistosa, para la peaña del altar, acudiendo á

esto sin faltar á sus estudios, y era tal su fervor de devoción y virtud en este tiempo, que porque un su condiscípulo y compañero, que vivía con él en un aposento, dió en irse á las comedias y faltar á la Congregación, demás de acusarle á su Maestro con celo santo, un domingo, viendo, entre otros, que no quería acompañarle á la Congregación por irse á oir la comedia de aquel día, saliéndose al disimulo del aposento, le cerró la puerta por de fuera con llave, dejándole toda aquella tarde encerrado, sin que las lágrimas del compañero encerrado ni ruegos de otras personas, fuesen parte para ablandarle.

§ II

Su entrada en la Compañía, virtudes con que resplandeció en su noviciado y el demás tiempo de su muy religiosa vida.

Lo principal en que mostraba su devoción en el tiempo que frecuentaba los Santos Sacramentos, siendo ya de edad de 15 años el devoto joven Juan de Trejo, era el de la confesión y comunión cada ocho días, y prepararse de modo que todas sus acciones y ansias eran en acabando de comulgar, pedir á Nuestro Señor con instancia le llevase luego, antes que entrando en edad abriese los ojos y se perdiese, y añadía él contando esto, que siempre le parecía oir interiormente le respondían que hasta que fuese religioso no le convenía morirse; y deseoso de tomar estado con tiempo, pedía á la Santísima Virgen su devotísima Madre y Señora, le declarase á qué religión acudiría. Y hallándose inclinado á la Compañía, dijo: «Señora, si ésta es vocación del cielo y viene de vuestra mano, yo lo echaré de ver si me reciben en fiesta vuestra.» Fué así, que habiendo pedido la Compañía al P. Francisco Baez, que á la sazón era Provincial, llegando el día de la Virgen Santísima, y estando él descuidado en su casa, habiendo comulgado le vino á llamar un su compañero, que juntamente con él pretendía la Compañía (éste fué otro ángel como él, el P. Juan Alvarez, de quien atrás queda escrita su vida), éste dijo á su compañero que el Padre Provincial le esperaba para recibirle; viendo esto, tomó su capote Juan Trejo y vino luego, y se quedaron ambos en casa.

Pasó el Hermano Trejo su noviciado, siendo el ejemplo y dechado de toda virtud y observancia religiosa, ejercitándose en los oficios más humildes y bajos, y deseando quedarse en estado de Hermano coadjutor, pidiéndolo así con grande instancia á su Maestro. Hechos sus votos y habiendo oido un año de Seminario, acudiendo en ese tiempo siempre á todo, como si fuera novicio, á las pláticas y conferencias y á los demás ejercicios del noviciado, que estaba entonces en aquel Colegio. Era continuo en las doctrinas de las plazas y en ir con mucho gusto á los obrajes donde hay mucha gente pobre y casi toda de doctrina. Acabado este año vino al Colegio de México á oir su curso de Artes, en que salió muy aprovechado; sin jamás perder el tesón en la mortificación y ejercicio de virtudes, y conservó este estilo en el tiempo que leyó Gramática en los Colegios que dijimos, por espacio de 2 años y los 4 que después oyó de Teología, ejercitándose siempre en las mismas virtudes y adelantándose en ellas, especialmente en todo lo que

tocaba á observancia religiosa y por no faltar en ella, tenía registradas en un papel licencias de poder dar medio pliego de papel, una pluma, una poca de tinta, de pedir prestado ó prestar el vademecum y otras tales, que aunque menudas y ordinarias temía no hacer alguna sin licencia, faltando en la más mínima regla de la Compañía; comulgando dos veces en la semana con licencia, la cual por su rara virtud le daban los Superiores. Acudía á la doctrina de los niños y las cuaresmas á las de los negros é Indios, yendo él muchas veces en cuerpo cantando siempre la doctrina, en especial el Ave María, porque decía no tener mayor consuelo que cantar por las calles las alabanzas de la Santísima Virgen. De noche hacía también en casa la doctrina á los Indios y negros de servicio, enseñándoles las oraciones, y sentía tan particular regalo en este ejercicio, que no podía algunas veces contener las lágrimas, afirmando que le regalaba más Nuestro Señor y le enternecía más en este servicio que en la oración. Todos los enfermos de casa tenían en el P. Trejo particular ayuda y alivio en sus necesidades, porque gustaba en especial sacar y lavar los vasos más humildes de que usan los enfermos, y esto con grande alegría. Con esta misma, acudió algunos años á curar á un Padre de los nuestros, que por sus graves achaques tenía necesidad de quien con más tesón y mortificación le ayudase, y hacíalo el P. Trejo con tanto gusto, que se levantaba algunas veces antes de la comunidad, porque el Padre le llamaba, y sin mostrar nunca enfado ni desabrimiento, le acudía y lo visitaba; y pagábaselo Nuestro Señor de contado, porque decía le daba su Majestad particular gusto en esta obra de caridad que ejercitaba con este religioso enfermo. En las mortificaciones del refectorio siempre se trató como novicio fervoroso, y en la puntualidad tuvo consigo grande rigor, siendo necesario irle á la mano de ordinario, porque no se le entrase alguna indiscreción fervorosa que en breve le acabase la vida.

En un papel de su letra, en que tenía registradas las penitencias que hacía, estaban estas: Traeré la sotana á raíz de las carnes un día de la semana; otra, echar unas chinas ó pedrezuelas en los zapatos y por el cuello de la sotana alguna arena que le diese pena. Los viernes enjuagar la boca con hiel en memoria de la Pasión de Cristo, traer entre día algún palito de romero, por ser amargo, mascándolo. Los sábados (dice) me azotaré en todo el cuerpo en servicio de la Virgen mi Señora, quitándose hasta la camisa. Esto fuera de las disciplinas y cilicios ordinarios y del dormir en tablas. La Semana Santa pedía dormir en el suelo, traer sotana parda, dejar de comer en uno ó dos días y no pareciera mucho al que supiera, que aun siendo niño ayunó una vez tres días arreo sin comer bocado en ellos; andar las estaciones con unos zapatos sin suelas y las medias sin soletas, y hacer tres disciplinas en el refectorio. Entre año la hacía todos los sábados y vísperas de las festividades de la Santísima Virgen, que muy ordinario ayunaba á pan y agua, y en estos tales días casi siempre hacía tres disciplinas, una con todos los que la hacían en el refectorio, otra luego acompañando á cualquier otro que se hubiese quedado, y luego al subir á su aposento, hacía otra en el descanso de la escalera delante de la Imagen de la Virgen Nuestra Señora, y aun algunos le oyeron entrando en su aposento á vestirse ó antes de salir de tomar otra, como probando la mano, con que algunas veces eran cuatro.

Su lectura y libros para su lección espiritual, eran de vidas de santos, haciendo particular reflexión sobre las virtudes en que cada uno procuraba esmerarse recapacitándolas ó trayéndolas en sus conversaciones ordinarias, procurando siempre tratar cosas de Nuestro Señor, introduciendo la plática con sal y gracia por no causar enfado, en particular, cuando trataba con gente secular y con los estudiantes de fuera. A algunos de estos socorrió con licencia de sus Superiores, buscándoles limosnas y sustentándolos en los estudios hasta graduarlos, trayendo á la religión algunos de ellos. Verdaderamente era aficionadísimo á gente pobre, Indios y negros, y otros semejantes, acudiendo para más obligarlos á las cárceles y hospitales, aun siendo Hermano, y procurándolos disponer para que se confesasen, buscando él después algún Padre que gustase acudir á esta obra de caridad, contándoles en el ínterin algunos ejemplos, y diciendo el modo como se habían de confesar y declarar sus conciencias; y estimar tanto este fervorosísimo siervo de Dios á los pobres, era por el amor que él tenía á la humildad y á la pobreza. No se le halló relicario ni cosa curiosa, ni petaquilla, ni libros particulares ó papeles. Lo que él apuntaba para sí (que eran cosas de devoción), era en cubiertas de cartas. Cuando se fué á ordenar con los demás sus condiscípulos, él había de ser el que había de ensillar y desensillar las cabalgaduras de los otros, y á cualquiera cosa que se ofrecía en el camino, era él el primero que acudía á darles lo que habían menester. Su vestido era el más pobre, y tenía propósito de no llevar á la misión para que le habían señalado (como después diremos y se halló escrito de su letra), sino una frazadilla, su manteo, breviario y diurno, y algún libro de devoción, y en las alforjas, no más de sus camisas que decía habían de ser de brín, dejando todo lo que le diesen para Viático con licencia de sus Superiores, á la Virgen de los Remedios, dos leguas de México. A este devotísimo Santuario tuvo muy particular devoción, pidiendo algunas veces entre año, el ir á pie á visitar esta santísima Imagen, y entrando en su Iglesia, hecha oración barría el suelo de rodillas, con el rostro y barba, y regaba con lágrimas.

De esta devoción le vino al Padre todo el crecimiento en la virtud que tuvo siendo Hermano y sacerdote. Había hecho voto de no negar cosa que en memoria de la Santísima Virgen se le pidiese. Cuando estaba en la clase escribiendo las lecciones, tenía presente una imagen de Nuestra Señora para estarla mirando. Caminando de Guadalajara á Valladolid, el rato que había de sestear procuraba siempre fuese en el campo y sentado debajo de un árbol. Sacaba una imagen de papel, y colgándola del árbol, á ratos de rodillas, á ratos sentado en el suelo, pasaba la siesta en oración. En el Seminario, el tiempo que estuvo en las salas de los colegiales, siempre entrometía plática de la Virgen, y en las quietes procurándolos aficionar á su devoción. Y mientras ellos dormían, rogaba á la Virgen Santísima guardase aquellos mozos y les alcanzase castidad y pureza. De esta manera pasó su vida el devotísimo P. Juan de Trejo, y aunque en años corta, pues no duró más que 28 años, pero en méritos aventajada, y lo que más admiraba era que con haber sido tan singular en todas las virtudes, fué muy sin singularidad en ellas, viviendo muy ajustado á sus reglas, pero con mucha apacibilidad, que junta con sus angelicales costumbres, lo hizo á Dios y á los hombres muy amable.

§ III

De la dichosa muerte del P. Juan de Trejo.

Cogió la muerte á este siervo de Dios en la mejor ocasión que él pudiera desear, pues fué en tiempo en que con nuevos fervores todo se empleaba en ejercicios de virtud y santidad, porque estaba en el noviciado de Tepotzotlán y en él tenía el año de su tercera probación en compañía de los otros Padres que también se preparaban, para en habiendo cumplido con esa obligación, ser enviados á misiones y á los demás ministerios de la Compañía. En este puesto y ocupación procedía nuestro P. Trejo con gran fervor, que todo se ejercitaba en actos de muy grande humildad, en los oficios más bajos de casa, en decir y pedir le dijesen sus faltas á menudo, en buscar y pedir lo más roto y pobre, en mortificación y penitencia y en los demás ejercicios de aquel año de probación que en la Compañía se usa: ninguno le echó el pie adelante y todos tuvieron que imitar en él; si había enfermos acudía así á confesarlos como á darles de comer, á consolarlos y regalarlos con gran caridad y celo, y vez hubo que pidiendo licencia se estuvo todo el día sin comer bocado, dando todo lo que le habían de dar en el refectorio á un Indio pobre que había venido algunas leguas á confesar. A la entrada de su probación tuvo quince días de ejercicios con tanto deseo y gusto de entregarse todo á Nuestro Señor, que en muchos de ellos gastaba nueve horas en oración mental, sin la vocal de Rosario y otras devociones. y del Oficio divino que siempre rezó de rodillas después que se ordenó. En todo el demás tiempo del año añadía tres horas de oración á las que señala la instrucción.

Estando, pues, actualmente en otros ejercicios para partirse á una misión de las que entre Indios bárbaros y nuevos en la fe, tiene esta Provincia, le sobrevino una fiebre mortal que quebrando en tabardillo le acabó al veintiuno y á los tres de Diciembre, entre tres y cuatro de la mañana, y túvose por cierto que el Padre alcanzó de Nuestro Señor esta muerte tan dichosa, porque todo el tiempo de su probación no trataba de otra cosa, pidiendo á algunos de casa le ayudasen con sus oraciones á alcanzar de Nuestro Señor que le llevase á verlo y gozarlo en su gloria, y pareció haber tenido prenuncios de haberlo conseguido, por las palabras que dijo cuando le señaló el Padre Provincial para la misión, diciendo á uno de los nuestros que á él le esperaba la del cielo, y que esta otra la tenía Nuestro Señor guardada para otro que con más fervor y fruto le serviría en ella. Y aunque se pensó que se le había pegado el tabardillo de confesar algunos Indios que tenían enfermedades mortales; pero lo cierto se averiguó que estando enfermo y muy peligroso un Padre, lengua de los más importantes que había en el Colegio de Tepotzotlán, el P. Trejo se fué á decir Misa por la salud del enfermo, y con muy particular sentimiento y lágrimas ofreció á Nuestro Señor en manos de la Virgen Santísima su vida por la del Padre, teniendo ésta por más importante y necesaria que la suya, por la gran falta que hiciera el dicho Padre si su divina Majestad se lo llevara, porque era gran lengua otomí é incansable operario en estos Indios, y se creyó que Dios Nuestro Señor

había aceptado la oración y oferta de su siervo P. Juan de Trejo, el cual ejercitó lo más fino de la caridad dando su vida por la de su Hermano, y añadiéndose á esto el habérsele pegado su mal por confesar y ayudar á los enfermos, y el haber admitido, con gran gusto y resignación, cuanto fué de su parte el puesto á que la obediencia le había destinado. Y así lleno de méritos se fué á descansar en paz al cielo, habiendo tenido acá el Purgatorio en los dolores con que le aquejó su enfermedad hasta acabarle la vida, habiéndose confesado generalmente y recibido el Santísimo Sacramento, estando de rodillas en la cama con ternura y lágrimas, y no menos la Extremaunción. Muchas cosas particulares y de mucha edificación, fuera de las dichas, se pudieran referir para consuelo de los que leyeren esto, que se dejan por no dilatarnos tanto. Por una suerte mía concurrí con este bendito Padre y fuí connovicio suyo en el tiempo de nuestro noviciado, y en él echaba de ver una condición, virtudes y costumbres angélicas en el Hermano Trejo, juntas con una alegría santa que resplandecía en su rostro en los ejercicios en que la obediencia lo ocupó, y era indicio del fervor de espíritu que ardía en su alma. Era en este tiempo nuestro Maestro de novicios el P. Francisco Baez, que acababa de ser Provincial, y había recibido este ángel en la Compañía y lo miraba como á tal, y viéndolo tan adelantado para cualquier obra de humildad y ejercicio de ella, cuando no tenía más que 16 años, por mortificarlo lo llamaba el travieso, y lo decía con razón, porque eran varias las trazas que él mismo buscaba para mortificarse, aunque también procuraba (porque era muy cuerdo) que no fuesen exquisitas en la Religión ni singulares. Murió, finalmente, este religioso y sacerdote santo, el año de 1614, llevándosele Nuestro Señor de edad de 28 años y de 13 de Compañía, y está enterrado en nuestro Colegio de México. Fué muy sentida su muerte, así por haber sido tan temprana, como por la falta que había de hacer un tal sujeto en la misión de los Indios Xiximes, para donde estaba señalado y él había aceptado con particular gusto y consuelo, y aquellas almas se pudieran prometer con tal misionero muy grande aprovechamiento con su singular fervor en que siempre perseveró incansablemente. Todos los que le conocieron envidiaron mucho su dichosa muerte, juzgando que fué á gozar del grande premio de sus excelentes virtudes, y de algunas de ellas hace mención el P. Eusebio Nieremberg en algunas de sus obras.

CAPITULO XXI.

Vida del muy religioso P. Diego López de Mesa, uno de los que vinieron á fundar la Compañía á la Nueva España. Año de 1615.

De otro Padre, llamado también Diego López, y que vino de España á la fundación de esta Provincia, y fué el primer Rector del Colegio de México, queda hecha larga relación en el libro primero de esta historia; y á distinción suya del que ahora escribimos llamamos Diego